no se sabe qué, y se presentaba cada noche como fatigado y entusiasmado por un viaje a las cumbres de la alta política.

—Bueno, y ese discurso del trono, ¿lo ha leído usted?—preguntó Gavard, cogiendo un periódico de sobre la mesa.

Robine se encogió de hombros. Pero la puerta del tabique acristalado se estremeció violentamente, y un jorobado entró. Florencio conoció en él al jorobado de la subasta, con las manos lavadas, decentemente vestido y con una gran bufanda roja, uno de cuyos extremos le caía sobre la joroba, como la esclavina de una capa veneciana.

—¡Ah! Aquí está Logre—agregó el comerciante de aves.—Este nos va a decir lo que piensa del discurso del trono.

Pero Logre estaba furioso. Estuvo en un tris que no arrancara el perchero al colgar de él su sombrero y su bufanda. Sentóse violentamente, dió un puñetazo en la mesa y rechazó el periódico exclamando.

—¿Acaso voy yo a leer, yo, las malditas mentiras de esa gentuza?

Después estalló.

—¿Se han visto nunca amos que se pongan el mundo por montera de ese modo? Hace dos horas que espero mi sueldo. Eramos unos diez en la oficina. ¡Bueno, ya escampa! ¡Podemos esperar sentados, amiguitos!... El señor Manoury ha llegado por fin, en coche, de casa de alguna pelandusca, de seguro... Esos factores roban... se refocilan... Y para fin de fiesta, me lo ha dado todo en monedas menudas, el muy cochino.

Robine hacía coro a las quejas de Logre con leves movimientos de párpados. El jorobado, bruscamente, encontró una víctima.

—¡Rosa! ¡Rosa!—llamó, asomándose fuera del gabinete.

Y cuando la joven, temblando de pies a cabeza, estuvo frente a él:

—¿Bueno, y qué? ¿Cuándo dejará usted de mirarme?... Me ve usted entrar, y no me trae en seguida mi "mazagrán"...

Gavard pidió otros dos "mazagranes". Rosa se apresuró a servir las tres consumaciones, bajo los severos ojos de Logre, que parecía estudiar los vasos y los platillos del azúcar. Bebió un sorbo y se calmó un poco.

—Es Charvet—dijo el jorobado al cabo de un momento.—Sin duda debe ya de tener bastante... Estaba aguardando en la acera a Clemencia.

Pero entró Charvet, seguido de Clemencia. Era un mocetón huesoso, esmeradamente afeitado, de nariz flaca y delgados labios, que vivía en la calle de Vavin, detrás del Luxemburgo. Titulábase profesor libre. En política, era hebertista. Largo y ahumado el cabello, caídas en extremo las solapas de su raído redingote, ordinariamente se las echaba de convencional, entre oleadas de palabras agrias, y con una erudición tan extrañamente altanera, que de ordinario vencía a sus adversarios. Gavard le tenía miedo, sin confesárselo; declaraba, cuando Charvet no estaba allí, que el joven iba realmente demasiado lejos. Robine lo aprobaba todo con los párpados. Tan sólo Logre era el que a veces se atrevía a mantenérselas tiesas con Charvet, en la cuestión de los salarios. Pero Charvet seguía siendo el déspota del grupo, pues era el más autoritario y el más instruído. Desde hacía más de diez años, Clemencia y él vivían maritalmente, sobre bases muy discutidas y según un contrato estrictamente observado por una y otra parte. Florencio, que

contemplaba a la joven con cierto asombro, recordó por fin en dónde la había visto; no era otra que la gran tablillera morena que escribía, con los dedos alargados, como señorita que ha recibido instrucción.

Presentóse Rosa inmediatamente detrás de los recién llegados; sin decir nada, colocó un "chop" delante de Charvet y una bandeja delante de Clemencia, la cual se puso lentamente a preparar su "grog", echando agua caliente sobre el limón, que aplastaba dándole golpecitos con la cuchara, azucarándolo y echándole el ron después de consultar la botella, para no pasar del vasito reglamentario. Entonces Gavard hizo la presentación de Florencio a aquellos señores, y particularmente a Charvet. Presentólos a ambos como profesores, personas muy instruídas que se comprenderían. Pero era de creer que el pollero había cometido ya alguna indiscreción, porque todos cambiaron apretones de manos, estrechándolas con fuerza y de un modo masónico. El mismo Charvet se mostró casi amable. Por otra parte, todos evitaron el hacer la menor alusión.

—¿Le ha pagado a usted Manoury en metálico?—preguntó Logre a Clemencia.

Esta respondió afirmativamente, y sacó unos cartuchos de monedas de uno y de dos francos, que deslió. Charvet la contemplaba, siguiendo con la vista los cartuchos que la joven se volvía a guardar uno por uno en el bolsillo, después de comprobar su contenido.

—Tendremos que ajustar cuentas—dijo a media voz Charvet.

—Desde luego, esta noche—murmuró ella.—Por más que creo que estamos saldados. He almorzado contigo cuatro veces, ¿verdad? Pero te presté cien sueldos la semana pasada.

Florencio, sorprendido, volvió la cabeza para no parecer indiscreto. Y cuando Clemencia hubo hecho desaparecer el último cartucho, se bebió un sorbo de "grog", se apoyó en el tabique acristalado y se puso a escuchar tranquilamente a los hombres, que hablaban de política. Gavard había vuelto a coger el periódico, y leía, con voz que procuraba hacer cómica, párrafos del discurso del trono pronunciado por la mañana en la apertura de las Cámaras. Entonces Charvet se despachó a su gusto con toda aquella fraseología oficial; no dejó pasar sin triturarla una sola línea. Sobre todo, hubo una frase que les divirtió extraordinariamente: "Abrigamos la confianza, señores, de que, apoyados en vuestras luces y en los sentimientos conservadores del país, lograremos aumentar de día en día la prosperidad pública". Logre, poniéndose en pie, declamó esta frase. Imitaba muy bien, con la nariz, la voz pastosa del emperador.

—¡Valiente prosperidad!—dijo Charvet.—Todo el mundo se muere de hambre.

—El comercio anda malísimamente—afirmó Gavard.

—Y además, ¿qué quiere decir eso de un señor "apoyado en luces"?—añadió Clemencia, que se las echaba de entender de literatura.

Hasta el mismo Robine, dejó escapar una leve risa, desde el fondo de sus barbazas. La conversación se caldeaba. Pasóse a hablar del cuerpo legislativo, al que pusieron por los suelos. Logre no se desencolerizaba. Florencio volvió a hallar en él al gran subastador del pabellón del pescado, con la mandíbula saliente y las manos lanzando las palabras en el vacío, con actitud re-

concentrada y ladrante; ordinariamente, hablaba de política con el aspecto furibundo con que exponía a las pujas una canasta de lenguados. En cuanto a Charvet, se ponía más y más glacial, entre la neblina de las pipas y del gas que impregnaba el estrecho gabinete; su voz adquiría sequedades de machete, en tanto que Robine balanceaba suavemente la cabeza, sin separar la barba del pomo de marfil de su bastón. Después, una palabra de Gavard hizo que la conversación fuese a parar a las mujeres.

—La mujer — declaró rotundamente Charvet —es igual al hombre, y con tal título, no debe estorbarle en la vida. El matrimonio es una asociación... Todo por mitad... ¿No es verdad, Clemencia?

—Indudablemente—respondió la joven, con la cabeza apoyada en el tabique y los ojos clavados en el aire.

Pero Florencio vió entrar al vendedor ambulante Lacaille y al amigo Claudio Lantier, Alejandro el fuerte. Estos dos hombres habían estado mucho tiempo concurriendo a la otra mesa del gabinete; no pertenecían a la misma peña que aquellos señores. Pero, mediante la ayuda de la política, sus sillas se fueron aproximando y acabaron por formar parte de la reunión. Charvet, a cuyos ojos representaban el pueblo, les adoctrinó largamente, al mismo tiempo que Gavard se mostraba como tendero sin prejuicios al alternar con ellos. Alejandro poseía una hermosa alegría de coloso, un aspecto de niño grande y feliz. Lacaille, agriado, canoso ya, con agujetas todas las noches por su eterno corretear por las calles de París, contemplaba alguna vez con mirar atravesado la placidez burguesa, los buenos zapatos y el grueso gabán de Robine. Ambos se

hicieron servir sendos vasitos, y la conversación continuó, más tumultuosa y caldeada, en cuanto la reunión estuvo completa.

Aquella noche, al través de la entornada puerta del tabique, vió Florencio una vez más a mademoiselle Saget, en pie delante del mostrador. La vieja había sacado una botella de debajo del delantal, y estaba mirando a Rosa, que la llenaba con una gran medida de "casis" y con otra medida más pequeña de aguardiente. Después la botella desapareció de nuevo debajo del delantal y con las manos escondidas, mademoiselle Saget se puso a hablar delante del gran reflejo blanco del mostrador, enfrente del espejo, en el cual los tarros y las botellas de licor parecían suspender hileras de farolillos venecianos. Por la noche, el recalentado establecimiento se iluminaba con todo su metal y todos sus cristales. La solterona, con sus negras faldas, formaba allí una mancha extraña de insecto, en medio de aquellas crudas claridades. Florencio, al percatarse de que la vieja procuraba hacer hablar a Rosa, sospechó que le había visto por la puerta entornada. Desde que había entrado en los Mercados, se tropezaba con ella a cada paso, hallándola parada bajo las calles cubiertas, generalmente en compañía de madame Lacœur y de la Sarriette, examinándole las tres a hurtadillas y con aspecto de profundísima sorpresa por su nuevo empleo de inspector. Sin duda Rosa no estuvo muy abundante en palabras, porque mademoiselle Saget se volvió un instante y pareció quererse acabar al señor Lebigre, que jugaba a los naipes con un parroquiano, en una de las mesas de barnizado hierro. Poco a poco, iba acabando por colocarse al lado del tabique, cuando Gavard la vió. La detestaba.

—Cierre usted la puerta, Florencio—dijo con brusquedad.—No puede uno estar en su casa aquí.

Al dar las doce y marcharse, Lacaille cruzó algunas palabras en voz baja con el señor Lebigre. Este, al darle un apretón de manos, le entregó cuatro monedas de cien francos, sin que nadie lo viera, diciéndole al oído:

—Ya sabe usted, son veintidós francos para mañana. La persona que presta no quiere ya hacerlo por menos... No olvide usted tampoco que debe tres días de carro... Será menester pagarlo todo.

El señor Lebigre dió las buenas noches a aquellos señores. Iba a dormir como un lirón, decía. Y bostezaba ligeramente, enseñando unos dientes fortísimos, en tanto que Rosa le contemplaba, con su mirada de criada sumisa. El señor Lebigre le dió un empujón, mandándole que fuese a apagar el gas del gabinete.

En la acera, Gavard tropezó y estuvo a punto de caerse. Como estaba de vena de hacer chistes:

—¡Caramba!—dijo.—¡No estoy apoyado en luces, a fe mía!

Esto pareció muy gracioso, y se separaron. Florencio volvió otras noches y le tomó el gusto a aquel gabinete acristalado, a los silencios de Robine, a las cóleras de Logre, a los helados odios de Charvet. Por la noche, al volver a su casa, no se acostaba en seguida. Agradábale su guardilla, aquel cuartito de soltera, en el que Agustina había dejado retazos de guiñapos cosas tiernas y baladíes de mujer, que andaban por todas partes. En la chimenea había aún horquillas, cajas de cartón dorado llenas de botones, de grabados recortados, de tarritos de pomada vacíos que aún olían a jazmín; en el cajón de la

mesa, una fementida mesa de madera blanca, habían quedado hilos, agujas, un devocionario al lado de un manchado ejemplar de la "Clave de los sueños"; y un vestido de verano, blanco con motas amarillas, colgaba olvidado de un clavo, en tanto que, sobre la tabla que servía de tocador, detrás del jarro del agua, un frasco derramado de bandolina, había dejado una gran mancha. Florencio hubiera sufrido en una alcoba de mujer; pero de toda la habitación, de la estrecha cama de hierro, de las dos sillas de paja, hasta del papel pintado, de borroso color gris, no se desprendía más que un olor de tontería ingenua, un olor de muchachona pueril. Y Florencio era feliz por aquella pureza de las cortinas, por aquellas niñerías de las cajas doradas, por aquella desmañada coquetería que manchaba las paredes. Todo aquello le refrescaba, evocaba en él ensueños de juventud. Hubiese querido no conocer a aquella Agustina de los crespos cabellos castaños y creer que estaba en casa de una hermana, en casa de una buena muchacha que pusiera en torno de él, y en las menores cosas, su gracia de mujer naciente.

Pero, por las noches, era un gran alivio más para él el apoyarse de codos sobre la ventana de su guardilla. Aquella ventana cortaba en el tejado un estrecho balcón, de alta baranda de hierro, junto a la cual Agustina cuidaba una planta en una maceta. Florencio, en cuanto las noches empezaron a ponerse frías, entraba la planta en la habitación, colocándola al pie de su cama. Algunos minutos permanecía en la ventana, aspirando con fuerza el aire fresco que le llegaba del Sena, por encima de las casas de la calle de Rívoli. Abajo, confusamente, las techumbres de los Mercados extendían sus lienzos grises. Eran co-

mo lagos adormidos, en medio de los cuales el furtivo reflejo de algún vidrio alumbraba el resplandor argentado de una ola. A lo lejos, los techos del pabellón de la carnicería y de la Vallée se divisaban aún más sombríos, como si no fueran más que amontonamientos de tinieblas que hicieran retroceder al horizonte. Florencio gozaba del gran pedazo de cielo que tenía enfrente, de aquel inmenso desenvolvimiento de los Mercados, que le daba, en medio de las ahogadas calles de París, la vaga visión de una orilla de mar, con las aguas muertas y pizarrosas de una bahía, apenas estremecidas por el retumbar lejano de las olas. Quedábase abstraído y soñaba cada noche en una costa nueva. Le ponía tristísimo y muy alegre a la vez el volver a recordar los ocho años de desesperación que había pasado fuera de Francia. Después, estremecido de pies a cabeza, cerraba de nuevo la ventana. A menudo, cuando se quitaba el cuello delante de la chimenea, la fotografía de Augusto y de Agustina le inquietaban; ambos le miraban desnudarse, con su sonrisa lívida, cogidos de la mano.

Las primeras semanas que pasó Florencio en el pabellón del pescado fueron en extremo penosas. Había hallado en los Méhudin una abierta hostilidad que le puso en pugna con el mercado entero. La bella Normanda se proponía vengarse de la bella Lisa, y el primo de ésta era una víctima que ni hecha de encargo.

Los Méhudin eran oriundos de Rouen. La madre de Luisa refería aún cómo había llegado a París, con unas cuantas anguilas en un cesto. Ya no dejó nunca la pescadería. Se casó con un empleado de los consumos, que murió dejándole dos niñas pequeñas. Ella fué la que, en otro tiempo, mereció, gracias a sus anchas caderas y

a su frescura soberbia, aquel apodo de la bella Normanda, que había heredado su hija mayor. Hoy, hecha un fardo, avacada, llevaba sus sesenta y cinco años como matrona cuya voz había enronquecido la humedad del pescado fresco, azuleándole el cutis; estaba reventando por la vida sedentaria, con la cintura desbordante y la cabeza echada hacia atrás por la fuerza del pecho y por la ascendente ola de la grasa. Por otra parte, nunca había querido renunciar a las modas de su tiempo; conservó el vestido rameado, la pañoleta amarilla, la toca de las pescaderas clásicas, con la voz elevada, el ademán rápido, los brazos en jarras y con todo el lenguaje del catecismo truhanesco fluyéndole de los labios. Echaba muy de menos el mercado de los Inocentes, hablaba de los antiguos derechos de las damas del mercado, y mezclaba a las anécdotas de puñetazos cruzados con los inspectores de policía otros relatos de visitas a la Corte, en tiempo de Carlos X y de Luis-Felipe, con traje de seda y grandes ramilletes en la mano. La tía Méhudin, como se la llamaba, había sido mucho tiempo porta-estandarte de la cofradía de la Virgen, en Saint-Leu. En las procesiones de la iglesia, llevaba traje y sombrero de tul, con lazos de raso, y sostenía muy en alto, con los hinchados dedos, la dorada vara del estandarte de seda con rica franja, en el que estaba bordada una Madre de Dios.

La tía Méhudin, a juzgar por los chismorreos del barrio, debía de haber reunido una gran fortuna; pero ésta casi no aparecía más que en las joyas de oro macizo con que, en los días que repicaban recio, se cargaba el cuello, los brazos y el pecho. Más tarde, sus dos hijas no lograron avenirse. La menor, Clara, una rubia perezosa,

se quejaba de las brutalidades de Luisa, y decía con voz lenta que no sería en su vida la criada de su hermana. Como indudablemente hubieran acabado por pegarse, la madre les separó. Cedió a Luisa su puesto de pescado, y Clara, a quien hacía toser el olor de las rayas y de las sardinas, se instaló en un puesto de pescado de agua dulce. Y, a pesar de que había jurado retirarse, la madre iba de uno a otro puesto, entrometiéndose aún en la venta y causando eternos disgustos a sus hijas por sus insolencias demasiado gordas.

Clara era una criatura caprichosa, muy dulce y que se lamentaba continuamente. No hacía nunca, según decían, más que lo que se le ponía por montera. Tenía, al propio tiempo que un semblante soñador de virgen, una testarudez muda, un espíritu de independencia que la impulsaba a vivir aparte, no aceptando nada que se pareciera a los demás, con una rectitud absoluta hoy y mañana con una injusticia que sublevaba. En su puesto, revolucionaba a veces el mercado, alzando y bajando los precios, sin que nadie pudiese explicarse por qué. Al acercarse a los treinta, se presentía que su delicadeza de temperamento, su fino cutis que el agua de los viveros refrescaba continuamente, su pequeño rostro de dibujo aguado, sus ágiles miembros, se habían de tornar espesos, cayendo en el apoltronamiento de una santa de vidriera encanallada en los mercados. Pero entonces, a los veintidós años, parecía un Murillo, en medio de sus carpas y sus anguilas, según la frase de Claudio Lantier; un Murillo despeinado con frecuencia, con zapatos gruesos y con vestidos cortados a hachazos que la vestían como una tabla. No era coqueta; mostrábase en extremo despreciativa

cuando Luisa, haciendo ostentación de sus corbatas de lazos, se burlaba de sus pañoletas mal prendidas. Contábase que el hijo de un rico tendero del barrio se había ido a viajar, rabioso por no haber podido obtener de ella una sola palabra agradable.

Luisa, la bella Normanda, se había mostrado más tierna. Estaba ya concertado su matrimonio con un empleado del mercado del trigo, cuando el desgraciado muchacho quedó con los riñones destrozados por la caída de un saco de harina. No por ello dejó la Normanda de dar a luz un robusto niño siete meses más tarde. Las personas que rodeaban a los Méhudin consideraban como viuda a la bella Normanda. La anciana pescadera decía a veces: "Cuando vivía mi yerno"...

Eran una potencia los Méhudin. Cuando el señor Verlaque acabó de poner a Florencio al corriente de sus nuevas ocupaciones, le recomendó que no se malquistara con algunas vendedoras, si no quería hacerse imposible la vida; llevó la simpatía hasta el extremo de enseñarle los pequeños secretos del oficio, las tolerancias necesarias, las severidades de comedia, los regalos aceptables. Un inspector es a la vez comisario de policía y juez de paz, pues tiene que velar por el buen orden del mercado y que conciliar las diferencias entre comprador y vendedor. Florencio, débil de carácter, se envaraba, pasaba de la medida cada vez que tenía que hacer un acto de autoridad; y además, tenía en contra suya la amargura de sus largos padecimientos, su rostro sombrío de paria.

La táctica de la bella Normanda consistió en atraerle a alguna riña. Había jurado que Florencio no conservaría quince días su destino.

—¡Ah, bueno!—dijo a madame Lecœur, a quien encontró una mañana.—Si la gorda Lisa cree que queremos sus obras... Tenemos más gusto que ella... ¡Es horrible su hombre!

Después de las subastas, cuando Florencio comenzaba su vuelta de inspección, a paso corto, a lo largo de los andenes chorreantes de agua, veía perfectamente a la hermosa Normanda que le seguía con descarada risa. Su puesto, en la segunda hilera a la izquierda, cerca de los puestos de los pescados de agua dulce, caía enfrente de la calle de Rambuteau. La bella Normanda se volvía, sin separar los ojos de su víctima, y burlándose de ella con sus vecinas. Después, cuando Florencio pasaba por delante de su puesto, examinando lentamente las piedras, la pescadera afectaba una alegría inmoderada, golpeaba los pescados, abría el grifo de par en par, inundaba el andén. Florencio permanecía impasible.

Pero una mañana estalló la guerra fatalmente. Aquel día Florencio, al llegar delante del puesto de la bella Normanda, percibió un hedor insoportable. Había allí, sobre el mármol, un salmón soberbio, ya empezado y mostrando la rosada rubicundez de su carne; rodaballos de blancura de crema; congrios, pinchados por los negros alfileres que sirven para marcar los trozos; pares de lenguados, de salmonetes, de labros, todo un escaparate fresco. Y en medio de aquellos pescados de ojo vivo, se ostentaba una gran raya, rojiza jaspeada de manchas sombrías, magnífica por sus extraños matices; la gran raya estaba podrida; la cola colgaba, y las espinas de las aletas atravesaban la dura piel.

—Hay que tirar esa raya—dijo Florencio acercándose.

La bella Normanda soltó una risita. Florencio

levantó los ojos y la vió en pie, apoyada en el pie de bronce de los dos mecheros de gas que alumbran los cuatro asientos de cada puesto. La pescadera le pareció muy alta, subida en alguna caja para preservar los pies de la humedad. Fruncía los labios, más hermosa aún que de ordinario, peinada con rizos, con la cabeza socarrona, algo baja, y con las manos demasiado rosadas sobre la blancura del gran delantal. Jamás le había visto Florencio tantas joyas; la Normanda llevaba largos aretes, una cadena al cuello, un broche y una infinidad de anillos en los dedos de la mano izquierda y en un dedo de la mano derecha.

Como continuase mirando a Florencio de arriba abajo, sin responder, agregó él:

—¿Oye usted? Haga usted desaparecer esa raya.

Pero no había visto a la tía Méhudin sentada en una silla y hecha un ovillo en un rincón. Levantóse la vieja, y apoyando los puños en la mesa de mármol:

—¡Toma! ¿Y por qué ha de tirar la raya? Con toda seguridad no será usted el que se la pague.

Entonces, Florencio comprendió. Las otras vendedoras se reían. Sentía a su alrededor una rebelión sorda que esperaba una palabra para estallar. Se contuvo. Sacó por sí mismo, de debajo del banco, el cubo de los desperdicios, e hizo caer en él la raya. La tía Méhudin se había ya puesto en jarras; pero la bella Normanda, que no había despegado los labios, soltó de nuevo una risita de perversidad, y Florencio se fué en medio de los murmullos, con talante severo y aparentando que no oía.

Cada día fué una nueva invención. El inspector no recorría ya los andenes sino ojo avizor,

como si se hallara en país enemigo. Cogía todas las salpicaduras de las esponjas, estaba a cada momento a punto de caerse resbalando sobre los desperdicios colocados bajo sus pies, recibía en la nuca encontronazos de las cestas de los portadores. Hasta una mañana, como riñeran dos vendedoras, y acudiese Florencio para impedir la pelea, tuvo que bajarse para evitar el ser abofeteado en ambas mejillas por una lluvia de pequeñas platijas que volaron por cima de su cabeza; todo el mundo se rió mucho, y Florencio creyó siempre que las dos vendedoras formaban parte de la conspiración de los Méhudin. Su antiguo oficio de profesor lleno de barro le armaba de una paciencia evangélica; sabía conservar una frialdad magistral, cuando la cólera ardía en su interior y cuando todo su ser manaba sangre por la humillación. Pero nunca los arrapiezos de la calle de l'Estrapade habían tenido aquella ferocidad de las damas del mercado, aquel encarnizamiento de mujeres enormes, cuyos vientres y pechos saltaban de una alegría gigante, cuando Florencio se dejaba coger en algún lazo. Los rojos semblantes parecían escarnecerle. En las inflexiones canallescas de las voces, en las anchas caderas, en los cuellos hinchados, en los meneos de los muslos, en el abandono de las manos, adivinaba Florencio toda una ola de inmundicias dirigidas contra él. Gavard, en medio de aquellas faldas impudentes y de fuertes olores, se hubiera hallado muy a sus anchas, contentándose con dar azotes a diestro y siniestro si le hubieran estrechado en demasía. Florencio, a quien las mujeres habían intimidado siempre, se sentía poco a poco perdido en una pesadilla de muchachas de prodigiosos encantos, que le rodeaban en inquietante círculo, con sus

voces enronquecidas y con sus gruesos brazos desnudos de luchadoras.

Entre todas aquellas hembras desatadas, tenía no obstante, una amiga. Clara declaraba rotundamente que el nuevo inspector era un simpático sujeto. Cuando pasaba ante ella, entre los insultos de sus vecinas, Clara le sonreía. Estaba allí, con mechones de cabellos rubios en el cuello y sobre las sienes, con el traje sujeto de través, indolente, detrás de su puesto. Pero más a menudo, Florencio la veía en pie, con las manos en el fondo de sus viveros, cambiando de fuente los pescados, y complaciéndose en dar vueltas a los pequeños delfines de cobre que arrojan un hilillo de agua por la boca. Aquel chorrear daba a Clara una gracia temblorosa de bañista al borde de una corriente, con las ropas mal sujetas todavía.

Una mañana, sobre todo, se mostró muy amable. Llamó al inspector para mostrarle una hermosa anguila que, en la subasta, había sido el asombro del mercado entero. Abrió la reja que había vuelto a cerrar prudentemente sobre el pilón en cuyo fondo parecía dormir la anguila.

—Espere usted—dijo,—va usted a ver.

Sumergió despacito en el agua su desnudo brazo, un brazo un tanto delgado, cuyo cutis de seda mostraba el pálido color azulado de las venas. En cuanto la anguila se sintió tocada, se arrolló sobre sí misma, en nudos rápidos, llenando el estrecho pilón con el verdoso jaspeado de sus anillos. Y en cuanto volvía a quedarse quieta, Clara se entretenía en irritarla de nuevo, con la punta de las uñas.

—Es enorme—creyó deber decir Florencio.—Pocas veces he visto otras tan hermosas.

Entonces Clara le confesó que, en los prime-

ros tiempos, le habían dado miedo las anguilas. Pero ahora sabía ya cómo hay que apretar los dedos para que no puedan escurrirse. Y allí al lado, cogió otra más pequeña. La anguila, en los dos extremos de su cerrado puño, se retorcía. Esto hacía reir a la pescadera. Despidióla lejos de sí, cogió otra, y hurgó en el pilón, removiendo aquel montón de serpientes con sus delgados dedos.

Después permaneció allí un instante hablando de la venta, que no marchaba bien. Los vendedores de fuera, en el gran cuadrado de la calle cubierta, les hacían mucho daño. Su brazo desnudo, que no se había secado, chorreaba, fresco, con la frescura del agua. De cada dedo le caían gruesas gotas.

—¡Ah!—dijo bruscamente.—Es preciso que le enseñe a usted también mis carpas.

Abrió una tercera reja, y con las dos manos, asió una carpa que daba coletazos estertorando. Pero buscó una menos grande; aquélla, pudo sujetarla con una sola mano, que el soplo de los costados abría un poco a cada respiración del pez. Clara imaginó meterle el pulgar en la boca en uno de los bostezos.

—Esta no muerde murmuraba con su dulce risa.—No es mala... Lo mismo que los cangrejos... Ya no les tengo miedo.

Había vuelto a sumergir el brazo, y sacaba, de uno de los compartimientos, atestado de un hormiguero confuso, un cangrejo que le había cogido el dedo meñique. La joven lo sacudió un instante; pero sin duda el crustáceo debió de apretarle con demasiada fuerza, porque se puso muy colorada y le rompió la pata, con pronto ademán de rabia y sin cesar de sonreir.

—Por ejemplo—dijo para ocultar su emoción,

—no me fiaría yo de un lucio. Me cortaría los dedos lo mismo que un cuchillo.

Y mostraba, en planchas lavadas con lejía, de excesiva limpieza, grandes lucios colocados por orden de tamaños, al lado de las bronceadas tencas y de lotes de gubios en pequeños montones. Ahora tenía las manos muy grasientas por la secreción de las carpas; las separaba, en pie en la humedad de los viveros, por encima de los mojados pescados del escaparate. Hubiérasela creído envuelta en aromas de freza, en uno de esos olores espesos que se desprenden de los juncos y de los vasosos nenúfares, cuando los huevos hacen estallar el vientre de los pescados, pasmados de amor al sol. Secóse las manos en el delantal, sin dejar de sonreir, con su tranquilo aspecto de niña grande con la sangre helada, en aquel estremecimiento de las voluptuosidades frías y desaboridas de los ríos.

Aquella simpatía de Clara era un débil consuelo para Florencio. Le valía bromas más sucias aún, cuando se detenía para hablar con la joven. Esta se encogía de hombros, y decía que su madre era una vieja pícara y que su hermana no valía gran cosa. La injusticia del mercado con el inspector, la llenaba de cólera. Entretanto, la guerra continuaba, más cruel de día en día. Florencio pensaba en abandonar su destino; no lo hubiera conservado ni veinticuatro horas, de no ser por el temor de aparecer cobarde a los ojos de Lisa. Apurábase por lo que ella dijese, por lo que ella pensase. La salchichera estaba forzosamente enterada del gran combate entre las pescaderas y su inspector, cuyo rumor llenaba los sonoros Mercados, y cada uno de cuyos nuevos golpes era juzgado por el barrio con comentarios sin fin.